

### 3. DE LA OSCURIDAD A LA LUZ



El acontecimiento extraordinario de la conversión de Pablo se narra por tres veces en los Hechos de los Apóstoles.

Lucas escribe que mientras Saulo, lleno de desprecio hacia los que creían en Jesús, iba a Damasco para apresarlos y conducirlos a Jerusalén, una luz lo deslumbró, lo cegó y lo hizo caer al suelo. Saulo se vio obligado a rendirse. Cayó al suelo, afirma Lucas (no del caballo, como tal vez pensamos influidos por las pinturas que hemos visto). La caída de Pablo es mucho más que una simple caída de un caballo: “cayó al suelo” es un modo de decir que Dios abate al hombre orgulloso, que piensa defender su causa con la persecución. Pablo cayó de su mundo, o tal vez le falló la tierra bajo los pies. Pablo, en el momento más bello de su vida, no entiende ya lo que creía entender y saber. Dios lo obliga a “ver” de otra manera.

Es un acontecimiento tan extraordinario, que Lucas, para subrayar su importancia, lo narra tres veces (Hch 9,1-19; 22,1-21; 26,1-23). Las narraciones, escritas en el estilo dialógico de las llamadas bíblicas (Cf. Jr 1,1-23), demuestran que Pablo se da cuenta en Damasco que Dios habla y pide que se le escuche y se obedezca a su palabra. La secuencia de palabra, escucha y respuesta revela que el Dios de Jesús, muerto y resucitado, quiere entrar en diálogo y en relación personal con él.

Una voz autorizada, procedente del cielo, le pregunta: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?». Un reproche extraño, porque Saulo no pensaba que perseguía a Jesús, el cual, para él, había muerto definitivamente. A nadie se le ocurre perseguir a un muerto. Saulo pregunta: «¿Quién eres tú, Señor?».

Y la inesperada respuesta: «Yo soy Jesús, a quien tú persigues»; un descubrimiento sorprendente: el misterioso personaje que la pronuncia se identifica con los cristianos perseguidos, por *causa* de su “escandalosa” fe en Jesús crucificado.

La vida de Saulo queda como sacudida y revuelta por un terremoto, que no deja nada como estaba antes. Saulo estaba convencido de que la voluntad de Dios estaba escrita en la Torah y era interpretada, fielmente, por los maestros. Ahora tiene que cambiar de opinión. Más aún, debe perder sus certezas. Comprende que ¡no eran absolutas! El Dios de los Padres, a quien creía defender, ¡ha mandado al mundo precisamente a aquel Jesús que había sido crucificado y sepultado! Dios había mandado a aquel Mesías muerto en la cruz, gran «escándalo para los judíos». El judaísmo no podía aceptar un Mesías crucificado. Esperaba al ungido, al rey, un mesías político, victorioso, que tendría que liberar al pueblo de Israel del extranjero. Los cristianos, en cambio, presentaban como Mesías a aquel crucificado. Que hubiese resucitado, como afirmaban los cristianos, ¡no era en absoluto verificable! Los “fanáticos” que él combatía tenían razón. Veían con claridad. El verdadero ciego era él, que no veía la luz del sol.

Las tres narraciones van insertadas *en contextos diferentes*: el primero, mientras Pablo *camina*, el segundo en *el Templo*, el tercero delante de *los paganos*. Los tres contextos

indican que desde aquel momento la fe cristiana, por medio de Pablo, entrará en el Templo, es decir, en el ambiente judío, proponiéndose como centro de la historia de la salvación, y en el mundo pagano, como revelación de que sólo Jesucristo es la respuesta a cualquier pregunta humana. La experiencia del Cristo resucitado le abre los ojos para que pueda ver que todas las Escrituras hablaban de él.

*Los tres distintos títulos* que se dan a Pablo, *siervo, testigo, profeta*, correspondientes a las tres narraciones, indican que el perseguidor, rescatado por Jesús, durante su vida, en medio de la misión, comprenderá cada vez mejor la profundidad de su nueva identidad cristiana y misionera de alcance universal. Deberá ser siervo de Jesús y de los hermanos; testigo que habla por experiencia; profeta que, con su palabra autorizada, ayuda a las personas a pasar de las tinieblas a la luz del conocimiento de Jesús.

En cada una de las narraciones sólo Pablo oye la voz, ve la luz, escucha las palabras y responde. Sus compañeros de viaje oyen la voz o ven la luz. Esto significa que solamente Pablo vivió una experiencia completa y personal con Jesús, el Resucitado, que cambió radicalmente su vida. El evangelista Lucas deja entrever además que, desde aquel momento, Saulo comenzó a ver toda su vida a la luz de su encuentro con Jesús en Damasco. En aquel encuentro comprendió que Jesús lo llamaba a ser su testigo privilegiado, pero lleno de sufrimientos, por causa de su Nombre. Seguramente las palabras: «Yo soy Jesús, a quien tú persigues» le abrieron los ojos del corazón, puesto que le hicieron comprender que cada persona es un “hermano/hermana por quienes murió Cristo”. Despreciar a un cristiano es como despreciar a Jesús.

Pablo ha recibido, cual don inesperado, la luz de la fe como relación con Jesús y con los hermanos, con los cuales él se identifica. En sus cartas, Pablo no se presenta como un convertido, sino como alguien que ha recibido la gracia de «haber visto» al Señor y de haberse hecho suyo para siempre. El encuentro de Pablo con Jesús en Damasco es la vocación fundamental sobre la cual se basará su nueva vida de apostolado.



*Sor Filipa Castronovo, Hija de San Pablo*